

CREER Y ORAR EN LA CIUDAD

Introducción.

“Creer y orar” constituyen dos momentos nucleares de la respuesta del ser humano a la Presencia del Misterio en el fondo de lo real y en el corazón de la persona. En el caso del cristianismo, son dos aspectos o dos pasos fundamentales de la vida cristiana. El título de mi intervención invita a reflexionar sobre su realización en el medio, muy frecuentemente tenido por inhóspito, de la ciudad y, especialmente, de la gran ciudad.

Comenzaré por una breve clarificación del significado de los dos verbos. En relación con el primero: “creer”, sobre el que me extendí en esta misma Aula en febrero de 2014, se inscribe en una forma de abordar el tema que abandona el estudio de la fe desde la perspectiva de la teología de las virtudes para referirse a la realización misma del hecho de creer por parte del creyente. Es bien sabido que “creer” puede referirse a tres actitudes diferentes según se realice bajo la forma de “creer que”, creer a” o “creer en”. “Creer que” remite a la aceptación de unas verdades que exceden el uso ordinario de la razón humana o, no excediéndolo, no son conocidas por quien las afirma con plena certeza. Remite pues a una forma débil de conocimiento que genera “creencias”, en oposición a las afirmaciones de las que puede darse razón cierta. En alguna etapa de la teología esta forma de entender la fe ha prevalecido hasta el punto de definir la fe como “creer lo que no vimos”, como decían los catecismos postridentinos y ha seguido diciendo la teología escolar hasta la primera mitad del siglo XX. Tal comprensión de la fe hacía de los artículos de la fe, o de “las verdades que Dios ha revelado y la santa Madre Iglesia enseña el objeto de la fe y resulta difícilmente comprensible que tal concepción de la fe haya prevalecido durante tan largo tiempo cuando está expresamente descalificada en el nuevo testamento. Recordemos la Carta de Santiago: “¿Crees que Dios es uno?... También los demonios lo creen y se estremecen” (2, 19).

“Creer a” tiene ya como destinatario a una persona, a la que se concede cierto crédito, gracias al cual se acepta lo que ella afirma o promete. Es una forma de fe que adoptamos en circunstancias normales hacia las personas con las que convivimos.

“Creer en” remite a una actitud referida a una persona, pero con un grado mucho mayor de implicación del sujeto del creer en la relación con ella. Decir a alguien: “creo en ti” es comunicarle que merece y tiene nuestra confianza.

Para saber qué significa “creer en” referido a Dios es indispensable tomar conciencia del contenido de la palabra Dios, Misterio santo, esa Presencia de la más absoluta trascendencia en el fondo de lo real y en el interior de la persona; Presencia originante que nos precede como el “Misterio en el que vivimos nos movemos y existimos”, revelado en Jesucristo como la autodonación del amor infinito del Padre - “Mirad qué amor nos tiene el Padre...”; “tanto amó Dios al mundo...” -, en el “amor hasta el extremo” de Jesucristo hacia los humanos para salvarlos. Creer en Dios es poner en él toda nuestra confianza, una expresión que solo puede aplicarse a Dios, porque solo en Él se puede confiar plenamente. Creer en Dios cristianamente es hacer de Él el centro de la propia vida, en ese momento decisivo del ser creyente que

conocemos como “conversión”: un cambio de rumbo (*Epistrophé*) en la propia vida, de estar orientada hasta ese momento hacia sí mismo como centro de todo a orientarse hacia Dios, su propio origen y fundamento, como su verdadero destino. En ese reconocimiento se produce el encuentro decisivo con Dios. Un encuentro enteramente original por la condición única, absolutamente trascendente de quien nos sale al encuentro, lo hace posible y lo provoca. Porque no lo olvidemos, Dios no es objeto para el hombre. Ni de conocimiento, ni de deseo, ni de búsqueda, como han reconocido y expresado todos los que se han encontrado con él. Recordemos: “No me buscaríais si no me hubieseis encontrado...” (Pascal); “Fuiste tú quien me movió para que te buscase” (Imitación de Cristo). La condición divina de Dios impone al creyente el descentramiento total del yo y el reconocimiento de Dios como su propio centro. “Crear es expropiarse de sí mismo” (U. von Balthasar). Solo esa salida de sí y ese descentramiento del sujeto hace aparecer a Dios en su verdadera condición divina como “lo único necesario”, que reduce a la condición de añadiduras hasta lo necesario para vivir; como la perla preciosa, de tal valor que hace a quien la encuentra vender todo lo que tiene, con alegría, por adquirirla. Eso explica que un converso como Carlos de Foucauld escribiera: “Desde que conocí a Dios supe que ya no podría vivir más que para Él”. Por eso el nombre de Dios para san Francisco es “mi todo”, y santa Teresa cantar: “Solo dios basta”.

Por eso la conversión es descrita también en la Escritura como *metanoia*, transformación total de la propia vida, de la mente y el corazón, que supone para el creyente un “nuevo nacimiento”. A ese cambio radical experimentado en la conversión se refieren todos los que han pasado por ella: “Yo fui conquistado por Él”, dice san Pablo. Y a partir de ahí: “Es Cristo quien vive en mí”; “vivo de la fe en el Hijo de Dios”.

Esta ligera alusión a la conversión como primer paso del ser creyente, que abre un itinerario interminable en la vida de quien lo inicia, explica que quienes han pasado por ella puedan vivir y crecer como creyentes en las situaciones y las circunstancias más difíciles; pero explica también que los creyentes precarios que tantas veces somos los que nos llamamos cristianos, pero que lo somos solo por tradición, por herencia, por costumbre, sin haber pasado por una verdadera conversión, encontremos dificultades casi insuperables para vivir como creyentes, especialmente en circunstancias adversas como las que puede suponer la ciudad secular de nuestro tiempo.

Pasando al segundo término del título de nuestra exposición, “Orar” es “la puesta en ejercicio”, tal vez la primera - porque el creyente no lo es realmente hasta que no “rompe a orar” -, de la actitud creyente. Santo Tomás definió la oración como “*religionis actus*” – *fidei actus*, en el cristianismo -, expresión que solo cobró su verdadero sentido cuando se entendió *actus* en el sentido de actualización, de realización efectiva, de puesta en ejercicio de la actitud teologal, es decir del ser creyente. Orar es para el creyente como respirar para el ser humano. Por eso se ha dicho con toda razón que “orar para el creyente no es una obligación, sino una necesidad; y que no orar para él no es un pecado, sino un castigo” (E. Wiesel), o, mejor, una desgracia.

Entendidos en esta línea los dos términos de nuestro título, intentemos mostrar que es posible “creer y orar en la ciudad” y cómo hacer realidad esa posibilidad vista por algunos como problemática.

Comencemos por anotar que existen prejuicios fuertemente arraigados sobre la dificultad que supone la ciudad para la realización de la vida religiosa en todos sus aspectos, en la sociedad y la cultura que impera en las grandes ciudades de la actualidad. Pero para poder evaluar esos prejuicios y, en su caso, superarlos, creemos indispensable referirnos primero a la importancia de la ciudad en el proceso evolutivo de la humanidad y a su influencia decisiva en la realización de la condición humana a lo largo de la historia; y proponer después algunas consideraciones, tomadas de la historia y la experiencia religiosas, sobre “Dios y la ciudad”.

El ser humano, un ciudadano

La ciudad es mucho más que un lugar donde habitar. Es el resultado del esfuerzo del hombre por dominar el mundo en el que vive y convertirlo en humano. Por eso, poner unos terrenos en disposición de ser habitados por el hombre, hacerlos habitables, se llama urbanizarlos, derivado de *urbs*, que es la ciudad en su aspecto material de conjunto ordenado de edificios e infraestructuras que convierten un espacio en lugar donde los humanos pueden habitar. Por eso, el conjunto del proceso de dominio de la naturaleza por el hombre se llama “civilización”, derivado de *civis/civitas*, que es la ciudad como forma de vida. La ciudad es, además, el resultado de la reunión de las personas, el fruto maduro de la vida en común de los humanos. Por eso, la ciudad es, a lo largo de la historia, el símbolo del progreso del hombre, el lugar que le permite la mejor realización de sus empresas y tareas. Es la casa de la humanidad por excelencia, el lugar donde habitan los hombres, el espacio en el que discurren sus vidas, sus relaciones, sus proyectos, empresas y tareas. Por eso, la ciudad se ha convertido en uno de los símbolos para la condición humana, la humanidad en su conjunto y su historia, como cuando hablamos de “la ciudad terrena” o de “la ciudad secular”.

Como sucede en tantos otros aspectos, nuestro tiempo representa una cima en el proceso hacia la urbanización de la tierra y la civilización de la vida humana que atraviesa toda la historia. Como muestra y como símbolo de ello, dentro de poco, se prevé hace ya bastantes años, el ochenta por ciento de la población del mundo habitará en grandes ciudades.

¿Qué tiene la ciudad para atraer hacia sí la inmensa mayoría de las personas? Independientemente de las condiciones infraestructurales de la aglomeración de las industrias y de los centros de trabajo, las gentes buscan en la ciudad mejores condiciones de vida, mayores posibilidades de movilidad social y de mejora de posición, recursos más numerosos y variados para la cultura, la disfrute del ocio y la diversión, una nueva forma de relaciones sociales más anónimas y variadas, la posibilidad de una conducta más liberal y menos regida por la presión social y la tradición. Pero, como sucede también en otros aspectos de la vida del hombre moderno, lo que ha constituido un logro se torna a veces un peligro y una amenaza para su autor. Así, el crecimiento rapidísimo y desmesurado de las grandes ciudades, y la falta de planificación en su constitución, han originado ciudades en las que la vida se hace particularmente difícil por la densidad extrema y la aglomeración de la población, las

dificultades para la comunicación en todos los sentidos, la contaminación del medio ambiente y una larga serie de circunstancias que hacen calificar a las ciudades de inhumanas. Eso explica que, invirtiendo los términos de la historia en la que la ciudad venía oponiéndose al desierto, como lugar donde se podía habitar, se comience a hablar del desierto que constituye para la mayoría de sus habitantes la gran ciudad.

Como puede verse, la ciudad se está convirtiendo para el hombre en una realidad ambivalente que atrae casi irresistiblemente a las masas de sus habitantes, pero después casi irremediamente los decepciona, cultivando en su interior el recuerdo de la situación anterior que la nostalgia idealiza y tiñe de rasgos idílicos. De ahí que la vida en las grandes ciudades vaya generando, para las clases acomodadas, la segunda residencia, frecuentemente lejos de la ciudad en que se habita, o la casa en el pueblo para los habitantes de los barrios populares y sus vacaciones. De ahí, las evasiones de los fines de semana y los viajes de turismo, como elementos indispensables para dar respuesta a esa nostalgia y hacer así soportable la vida en la ciudad. De ahí también que, en la actualidad, reaparezca y se convierta en lugar común el tópico literario del rechazo de la ciudad y el elogio de la vida sosegada del campo: «¡Qué descansada vida / la del que huye del mundanal ruido...!» (Fray Luis de León). Pero ¿cómo aparece en la historia la relación entre Dios y la ciudad?

Dios y la ciudad

En la conciencia de muchos contemporáneos existe la convicción muy arraigada de que la ciudad no es el medio más adecuado para la vida religiosa. En ello han influido, sin duda, muchos factores: el hecho de que la mayor parte de las manifestaciones de Dios que describe la Biblia han tenido lugar en el desierto, en el monte, en medio de la tormenta, en el susurro de una brisa suave; la conexión de la primera ciudad con Caín, el asesino de Abel, su hermano (Gn 4, 17-24); el episodio de Babel, la ciudad con una torre cuya cima llegase hasta el cielo, y el lugar donde Yahvé desciende para sembrar la confusión de lenguas entre los hombres; y, más generalmente, el que la ciudad haya pasado a ser el símbolo del progreso, la industria, el poder y la gloria del hombre, que el hombre ha conseguido en muchas ocasiones a costa del reconocimiento del poder y de la gloria de Dios.

En el mismo sentido ha actuado entre los cristianos el hecho de que en el lenguaje del Evangelio resuenen constantemente los ecos de la vida de Jesús en el campo y junto al Lago, y que en Jerusalén tuviese lugar el enfrentamiento de Jesús con sus enemigos y allí se consumase su pasión y su muerte en la cruz. Probablemente, en la actualidad, vengán a añadirse a todos estos factores, el malestar que provoca entre nuestros contemporáneos la deshumanización de las grandes ciudades y la inadaptación a la vida de la ciudad de las estructuras de la Iglesia, nacidas muchas de ellas en el seno de una cultura rural. Es un hecho que las migraciones del campo a la ciudad han llevado en muchos casos al abandono de las prácticas religiosas de los emigrantes.

Por eso, el ideal de la vida cristiana ha sido encarnado durante mucho tiempo por los anacoretas y los monjes y la búsqueda de la perfección se ha orientado a la huida del mundo, a la salida de la ciudad hacia el desierto, y a la búsqueda de la soledad.

A pesar de todo ello, la verdad es que la historia no justifica esta visión religiosamente negativa de la ciudad. Antes de significar confusión, Babel significa puerta de Dios, y la historia del pueblo de Dios tiene su origen y su símbolo central en la liberación de la esclavitud y la conducción por Dios a través del desierto a la tierra habitada, a la ciudad. A pesar de Jer 2, 2, donde el Señor reprocha a su pueblo: “Recuerdo tu amor de juventud, tu cariño de joven esposa, cuando me seguías por el desierto...”, y de Os 2, 14-20: “la llevaré al desierto y le hablaré al corazón”, no puede decirse que el Antiguo Testamento contenga el rechazo sistemático de la ciudad.

En realidad, la ciudad aparece como la suma de la habitabilidad, la posibilidad de la relación entre los dispersos y la mejor defensa del hombre contra los peligros del “descampado”, donde viven las alimañas. Por eso la ciudad es también percibida como el monumento de lo que el hombre es capaz de hacer, y de su perfección. Por eso la ciudad aparece también religiosamente hablando como adelanto y símbolo, como se dice en la Biblia de la ciudad de Jerusalén, de la Jerusalén celeste, la definitiva ciudad de Dios.

Por otra parte, si en el Evangelio resuenan los ecos de la vida en el campo, es en Jerusalén donde tiene lugar Pentecostés, porque allí tenía que iniciarse la reunión del nuevo pueblo de Dios. Y si atendemos a la primera extensión del Evangelio, ésta se produjo, sobre todo, a partir de las ciudades del Imperio, como un movimiento ciudadano. De hecho, la actividad del Apóstol de los gentiles se desarrolló casi exclusivamente por las ciudades del Mediterráneo, hasta el punto de que ha podido ser llamado «San Pablo de las ciudades», y que, una vez que el cristianismo se impuso en el Imperio, los cristianos van a llamar a los fieles de las religiones antiguas «paganos» - de “pago”, aldea, pueblo pequeño - es decir, «gente del campo».

Ser cristiano en la ciudad

¿Se puede, pues, ser cristiano en el medio inhóspito que constituye la gran urbe de nuestros días, en el clima religiosamente enrarecido que constituye la ciudad secular? Es posible que las circunstancias de las macro-ciudades actuales con sus enormes dificultades para una vida humanizada y que las condiciones de la secularización avanzada que caracterizan a las sociedades urbanas actuales estén haciendo percibir más vivamente las dificultades que comporta la ciudad para el desarrollo de la vida cristiana. Pero no debemos olvidar que de ciudades como Antioquía, aun siendo incomparablemente más pequeñas que las grandes ciudades de la actualidad, se ha podido decir que tenían una gran densidad de población y que en las ciudades antiguas no había mucho lugar para la vida privada y la soledad. Y fue en esas ciudades donde nació el cristianismo, y fue a través de las redes de comunicación creadas por las comunidades nacidas en ellas, como el cristianismo se extendió por todo el Imperio.

En realidad, se puede afirmar que la pregunta que nos hacemos nosotros: ¿Se puede ser cristiano en la ciudad?, se la han hecho desde siempre los cristianos, refiriéndose al mundo en el que vivían, del que la gran ciudad sería la condensación y el prototipo. Y es probable que la

respuesta que los cristianos de otros tiempos han dado a esta pregunta, nos ayude a responder en nuestras circunstancias.

¿Puede el cristiano vivir como cristiano en la ciudad? La respuesta de los cristianos a lo largo de los siglos se mueve entre los extremos de una paradoja que siempre ha resultado difícil mantener unidos. La paradoja está perfectamente explicada en la *“Carta a Diogneto”*, uno de los escritos de los Padres Apostólicos: «Aunque son residentes en sus propios lugares —dice de los cristianos—, su conducta es más bien la de los extranjeros; toman parte por completo como ciudadanos, pero se someten a todo y a todos como si fueran extranjeros. Para ellos, cualquier país extranjero es su patria y cualquier patria es un país extranjero» (5, 4). La dificultad para mantener esta tensión llevará a veces a los cristianos a romper con el mundo, a huir de la ciudad como única forma de salvar su vida cristiana, de preservar su identidad; otras, en cambio, los conducirá a una adaptación perfecta al mundo que les hace confundir la ciudad o el imperio con la realización del Reino de Dios. Pero constantemente son llamados por el Espíritu a caminar hacia la ciudad de Dios, encaminando de la mejor manera la ciudad humana hacia el ideal de la ciudad de Dios. Es decir, somos llamados a ser cristianos viviendo en la ciudad y transformándola desde la inspiración del Espíritu en la dirección del Reino de Dios. La vocación cristiana nos urge, pues, a vivir como cristianos en la ciudad, sabiendo que ésta nunca será la encarnación perfecta de la ciudad de Dios, que sólo llegará al final de los tiempos. Por eso siempre tendremos algo de peregrinos y extranjeros. Pero nos urge igualmente vivir el cristianismo en medio de ella y colaborar con todos en su progreso verdadero, con la esperanza de que ese progreso acelerará el momento de la aparición de la ciudad de Dios.

Para quienes sienten la tentación de escapar de la ciudad como única forma de ser cristianos, escribió San Juan Crisóstomo que «quien vive en la ciudad debe imitar el desprendimiento de los monjes» y que quien tiene mujer y está ocupado con una casa puede orar y ayunar y aprender la compunción... y que la negación de sí que es practicada en los desiertos debemos llevarla a nuestras ciudades (Hom. 55). Porque, aunque uno pueda dirigir la nave de su vida al puerto tranquilo del monasterio, la verdadera prueba tiene lugar cuando la nave penetra en el mar proceloso de la ciudad terrena (Hom. 31). Para quienes sienten la tentación de adaptarse al mundo y disolver su identidad cristiana en la vida mundana de la ciudad había escrito antes San Pablo: «Nuestra ciudad está en los cielos de donde esperamos a nuestro Salvador...» (Fil 3, 20); y la primera Carta de Pedro: «Os exhorto como a extranjeros y peregrinos...» (2, 11). Y como resumen de la paradoja nos había exhortado antes el Señor «a estar en el mundo sin ser del mundo» y, consciente de las dificultades de la empresa, había pedido al Padre para sus discípulos: «no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal» (Jn 17, 15).

En este marco general de la vida cristiana de un hombre que por su condición está llamado a realizarse como ciudadano, nos preguntamos por la posibilidad de creer y orar en la ciudad y las condiciones indispensables para que esa posibilidad se convierta en realidad. Desde ese marco, ofreceremos algunas pistas para dar con las formas de realización de la vida y la oración cristianas capaces de sobrevivir a las condiciones adversas que les impone la vida en la ciudad.

Es cierto que la ciudad, y sobre todo la gran ciudad, tiene fama de ser un lugar particularmente poco propicio para el desarrollo de la vida interior y, más concretamente, de la oración. Es verdad que en ella se dan reunidas las condiciones contrarias a las que parece exigir el cultivo de la oración: el ruido permanente, el asedio continuo de todo tipo de mensajes que reclaman la atención; las grandes distancias y las dificultades de traslado, con su secuela inevitable de prisas y tensiones; la masificación y el anonimato —se ha llamado con razón a la gran ciudad la muchedumbre solitaria— que dificultan al mismo tiempo la soledad y las relaciones interpersonales, y favorecen en cambio las tensiones que fácilmente degeneran en violencia. ¡Qué lejos parecen quedar en la gran ciudad, qué difíciles resultan en ella, el silencio, el sosiego, el recogimiento, la paz indispensables para el nacimiento y el desarrollo de esa actitud contemplativa que nos parece requiere el ejercicio de la oración!

¿Huir de la ciudad para orar?

Por eso no es extraño que cada fin de semana, cada resquicio que dejan los días de trabajo, los monasterios próximos y menos próximos a una ciudad, las casas de retiro, las casas de oración, que felizmente se han multiplicado en sus alrededores en los últimos años, acojan a grupos de personas y a personas aisladas, prófugos de la ciudad, que buscan en ellas asilo espiritual y mejores condiciones para la oración.

La verdad es que este pequeño éxodo, que se repite con ocasión de cada fiesta, se comprende sin dificultad. A él empujan, a quienes lo emprenden razones de salud: búsqueda de aire puro que tanto necesitan los que padecen toda la semana un medio contaminado; la necesidad de silencio, sosiego y descanso que permita relajar las tensiones creadas por la preocupación y la prisa; la búsqueda de la soledad y, en muchos casos, una necesidad genuinamente religiosa que no encuentra modo de satisfacerse en la forma de vida que impone la gran ciudad. Tal éxodo, además, se justifica. Lo justifican los resultados que experimentan las personas que lo emprenden. Apenas han deshecho el ligero equipaje y se han instalado en la pequeña celda o han dado su primer paseo por el campo, se sienten otros: rostro distendido, respiración profunda, mirada contemplativa, disposición para la escucha y el diálogo y una actitud de la que fluye casi naturalmente esa oración que todo parece dificultar en la vida de la ciudad. Lo justifica también el ejemplo del Señor que, después de jornadas agobiantes de predicación y de servicio, aparece en el Evangelio retirándose a un lugar apartado para orar (Mc 1, 35).

Pero, explicándose la salida más o menos frecuentge de la ciudad de no pocos cristianos para orar, la solución al problema de la oración para los cristianos que vivimos en una ciudad, no puede estar exclusivamente en la salida periódica de la ciudad. En primer lugar, porque no todos los cristianos que viven en ella tienen esta posibilidad en su mano y a todos en cambio se nos ha dado ese precepto —que no es otra cosa que el recuerdo y la expresión de una necesidad vital— de orar y de orar siempre (Lc 18, 1; 1 Tes 5, 17). ¿Cómo podrían orar los padres de familia que no pueden dejar a sus hijos de corta edad ni llevarlos consigo a esos lugares de retiro? ¿Cómo podría orar esa inmensa mayoría de cristianos sin los recursos económicos necesarios para el pequeño lujo de una salida periódica a esos oasis espirituales que las congregaciones religiosas y las diócesis han ido estableciendo junto a los desiertos de las ciudades? La solución no puede estar ahí, además, porque esto supondría que la mayor parte

de la vida, la vida diaria que es la que más lo necesita, se vería privada del recurso indispensable de la oración. La respuesta a la dificultad que las ciudades suponen para la vida cristiana y la oración de quienes vivimos en ellas está más bien en aprender a orar en la ciudad. Porque es posible que la ciudad sea una forma moderna de desierto, es decir, de suma de las condiciones en las que no se puede vivir; pero también en el desierto se da al profeta el pan y el agua que necesita para hacer su travesía (1 Rey 19, 6); también el desierto es para el pueblo de Dios el lugar de la visita de Dios (Gn 18, 116), de su teofanía (Ex 19, 16), del encuentro con El y de la visita de sus ángeles (Mt 4, 11).

Crear y orar en la ciudad

El papa Francisco, sin dejar de referirse a los lados oscuros de nuestras ciudades, nos invita en *Laudato si*, (nn. 71-75), a reconocer la ciudad “desde una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en su plazas”. La Presencia de Dios, a la que responde la actitud creyente, “acompaña las búsquedas sinceras que personas y grupos realizan para encontrar apoyo y sentido a sus vidas. Él vive entre los ciudadanos promoviendo la solidaridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad de justicia”. Recordemos la expresión de un autor francés que pasaba por no creyente: “No busques a Dios en ningún lugar que no sea todas partes”, ni, podríamos añadir, en ningún momento que no sea todos los tiempos. “¡Señor, Dios mío!, exclamaba san Juan de la Cruz, no eres tu extraño a quien no se extraña contigo; ¿cómo dicen que te extrañas tú?”. De ahí que la presencia de Dios sea universal y permanente y que la relación con él pueda ser vivida en todas las circunstancias. Puede, eso sí, suceder que determinadas circunstancias o situaciones de las personas faciliten o dificulten la toma de conciencia de esa Presencia. Madeleine Delbrêl, según el cardenal Martini una de las más grandes místicas de nuestro tiempo, se quejaba ante Dios: “Dios mío, si tú estás en todas partes, ¿cómo es que yo estoy siempre en otro lugar?”. Pero justamente su vida es el testimonio más convincente de que se puede encontrar a Dios y responder a su Presencia en un barrio obrero de París como Ivry, prototipo de lo que tendríamos por una ciudad secularizada de nuestro tiempo. “Nosotros, hombres de la calle, escribe esta modelo de cristiana en la gran ciudad, creemos con todas nuestras fuerzas que esta calle, ese mundo en el que Dios nos ha puesto es para nosotras el lugar de nuestra santidad”... “Creemos que nada nos falta, porque si eso necesario nos faltase, Dios ya nos lo habría dado”.

Porque, volviendo al texto del papa Francisco: “Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero”. Y “su presencia no debe ser fabricada, sino descubierta, desvelada” por la mirada de una persona atenta a los incontables indicios que deja en la persona y la vida de los humanos. Por más secularizada que aparezca, “una cultura inédita late y se desvela en la ciudad”. Y el problema para los creyentes que viven en ella será ahondar suficientemente la propia mirada para llegar a ese fondo último en el que habita el Dios que, sin dejar de ser Misterio, “más elevado que lo más elevado de nosotros mismos”, es a la vez “más íntimo a nosotros que nuestra propia intimidad” (San Agustín).

En cuanto a “orar”, si por orar entendemos, no la simple recitación de oraciones o tomar parte en actos de culto, sino ejercer el centro de la vida cristiana, la relación teologal, poner en

práctica la fe, la esperanza y el amor, encarnándolas en pensamientos, palabras, gestos y silencios que desgranen, al ritmo de las horas en las difíciles circunstancias de la vida en la ciudad, la toma de conciencia, la aceptación agradecida, el reconocimiento maravillado de esa Presencia amorosa que origina nuestra existencia y desde la cual discurre la corriente de nuestra vida; si por orar entendemos, pues, no un acto más de la vida cristiana, sino la puesta en ejercicio, la actualización de la actitud creyente de la que surge, en seguida percibiremos que esa actitud transforma de tal manera la mente, el corazón y la persona toda del creyente que le hace capaz de “perforar” la capa de cemento que parece constituir la vida en la ciudad y hacer aflorar en ella el manantial del agua de la vida de Dios que nada en el mundo puede cegar.

Así, pues, el problema parece consistir, sobre todo, en aprender a orar, realizar el ser creyente, vivir la vida cristiana, en la ciudad

Aprender a orar en la ciudad

El secreto de la perduración de la vida religiosa, a lo largo de toda la historia de la humanidad, y de la pervivencia del cristianismo, a lo largo de veinte siglos, está en que los hombres religiosos y los cristianos han encontrado siempre la forma de encarnar su actitud creyente en formas de oración y de vida que correspondían a las diferentes situaciones por las que les ha hecho pasar la historia. Hoy, cuando la población del mundo tiende a agruparse en grandes aglomeraciones urbanas, los creyentes y los cristianos estamos llamados a descubrir nuevas formas de oración y de vida cristiana que correspondan a las circunstancias aparentemente menos fáciles de la vida en la ciudad moderna. De hecho, ya son numerosas las personas y las comunidades que van encontrando esas formas que constituyen pequeños oasis orantes en el desierto de la ciudad. Con el apoyo en sus experiencias me referiré a algunos medios que en ellas se van experimentando.

Rehumanizar la deshumanizada vida ciudadana

La dificultad mayor radica ahí. En la deshumanización de la vida en la ciudad. ¿Cómo va a orar una persona, que no «ejerce» su ser personal más profundo, que vive instalada en la superficialidad, que no se encuentra de forma verdaderamente personal con nadie, que no tiene tiempo para reflexionar y tomar conciencia de sí mismo y de su vida? Pero esa forma de vida en la ciudad no es un destino que se imponga por necesidad a las personas. Ni tenemos que esperar a que cambien las estructuras de la ciudad, aunque sería sumamente conveniente que esas estructuras se humanizaran, para comenzar a humanizar las ciudades.

En esa «muchedumbre solitaria», los creyentes podemos ir introduciendo el fermento de unas relaciones humanas abiertas, comunicativas, participativas y hasta fraternales que ayuden a grupos cada vez más numerosos y más amplios a romper con el cerco del anonimato, la masificación, la incomunicación y la soledad. En el imperio del ruido, el activismo y la evasión que aturde a las personas y les impide ser ellas mismas, los creyentes podemos ir abriendo espacios para el silencio, el recogimiento y la reflexión. Porque lo decisivo no es el ruido exterior, sino la incapacidad interior para el silencio, la ansiedad permanente por lo que pueda

ocurrir, la avidez de lo externo: cosas, bienes, novedades, noticias. Y basta el cultivo de la serenidad, el sosiego interior, el desprendimiento, en una persona o una comunidad, para que en medio de una selva de ruidos aparezca un claro que invita a la tranquilidad, que transparente orden, que crea silencio en el que afloran las preguntas últimas, renazcan los deseos más profundos, se produzca la apertura a los demás; es decir surjan esos presupuestos existenciales indispensables para el ejercicio del ser creyente del que nazcan el reconocimiento de la trascendencia, el descubrimiento de la Presencia, de los que surjan la actitud orante y los gestos, las palabras y los silencios en los que se encarne.

En la jungla de la competitividad, lucha por la supervivencia, búsqueda de la eficacia, disputa de los pequeños lugares al sol para mí y para los míos, que es frecuentemente la gran ciudad, los creyentes estamos llamados por nuestra condición de creyentes a ir haciendo presentes otras actitudes y otras conductas como el respeto, la colaboración, la ayuda mutua, la solidaridad que poco a poco vayan creando grupos de personas que instauren una civilización de la paz, la fraternidad, el compartir en medio de esa civilización que se empeña en reducirse a ser civilización del «bien-estar».

En una palabra, trabajar por retejer el deteriorado tejido humano y social de la vida ciudadana es la condición previa en la que tienen que empeñarse los creyentes para poder serlo y comenzar a orar en la ciudad. Y para que esto no se quede en piadoso deseo, en nostalgia estéril o en utopía vana, las personas y los grupos tenemos que comenzar por establecer cauces concretos, medios precisos que pasan por la distribución de nuestro tiempo, la ordenación de nuestras agendas, la organización de la vida de nuestras comunidades, de manera que el deseo de silencio, el propósito de comunicación, la voluntad de compartir, la aspiración a la fraternidad se traduzcan en ratos de gratuidad, en espacios concretos para la soledad, en cauces para la comunicación interpersonal, en iniciativas que permitan un compartir realista.

Comunidades fraternales en medio de la muchedumbre solitaria de la ciudad

Eso es lo que se produjo con el nacimiento del cristianismo. Así parece que se produjo su extensión en los primeros siglos y así está llamado a sobrevivir y extenderse en medio de la ciudad secular. Cuando San Pablo habla de la Iglesia de Dios que peregrina en Corinto o cuando el autor del Apocalipsis escribe a las siete Iglesias que están en Asia, se refiere a grupos más bien pequeños de personas que han escuchado el Evangelio de Jesucristo, han aceptado la buena nueva inimaginable para ellos de que Dios los ama personalmente – “la mayor revolución de la historia religiosa de la humanidad” (Festugière) - y han visto inundarse sus vidas de una alegría que no podían ni sospechar. Ha sucedido que, habiendo escuchado el Evangelio de Jesucristo, el Evangelio que es Jesucristo, se han encontrado con él, se esfuerzan por vivir en su seguimiento y lo celebran reuniéndose en la casa de una de las familias para la escucha de la palabra, la acción de gracias al Padre con cantos e himnos inspirados y compartir la fracción del pan.

Ahora bien, ése es un acontecimiento que nada impide que se reproduzca en el contexto de nuestras ciudades y que le permitirá sobrevivir y extenderse en medio de la ciudad secular. En

efecto, en las parroquias de nuestras ciudades nos pasamos el día lamentándonos de los que no se casan por la Iglesia; de los padres que no bautizan a sus hijos y de los muchos bautizados que no acuden a ellas; pero no prestamos suficiente atención a hacer de los que nos reunimos en ellas comunidades reales, fraternidades de discípulos entre los que sean realidad las relaciones de igualdad, de amor mutuo, de ayuda y de corrección fraterna que el Evangelio propone para los discípulos de Jesús. Porque es muy probable que los cristianos no podamos transformar las estructuras y las formas de vida de una gran ciudad. Pero bastaría que adoptásemos la nueva forma de ser, de vivir y de relacionarnos entre nosotros y con nuestros vecinos descrito en el nuevo testamento y realizado en las primeras comunidades cristianas, para que —si no nos aislamos de nuestra ciudad por miedo o por orgullo— constituyamos una llamada para ella hacia una forma de ser nueva, que puede aparecer como alternativa a tantas formas de ser y de vivir decepcionantes como se padecen en el seno de una gran ciudad.

La creación de este pequeño espacio comunitario, en el que, desde una vida cristiana compartida, se pueda vivir humanamente, es la mejor ayuda para que, en el clima cristianamente inhóspito de una gran ciudad, los cristianos podamos orar. Porque para asistir al culto pasivamente y con la conciencia de cumplir una obligación, no hace falta más que reunirse materialmente de vez en cuando en el templo. Pero difícilmente podemos decir con verdad «Padre nuestro», como requiere la fórmula por excelencia de la oración cristiana, si entre los que oramos con esas palabras no se dan relaciones verdaderas de fraternidad. E, inversamente, la reunión periódica para la oración en común puede resultar uno de los medios más eficaces en el camino nada fácil de la constitución de una comunidad cristiana. Porque el lazo de unión por excelencia de la comunidad cristiana es la fe, la esperanza y el amor común de sus miembros, y la relación teologal se fortalece cuando, nacida en el corazón, aflora en nuestra vida en forma de actitudes, gestos y palabras, sobre todo en la expresión unánime de la oración en común.

Pero para orar en la ciudad se requiere, además, mirar hacia fuera de la comunidad cristiana y saber vivir cristianamente en medio de la ciudad.

Abrir los ojos a las huellas del paso de Dios por la ciudad

Verdaderamente Dios está en todas partes. Pero sobre todo en el hombre y en las obras del hombre. Por eso, “si crees que Dios vive contigo, donde quieras que vivas tienes el lugar para orar”. Y la ciudad es antes que nada esto: obra del hombre. Que como todas refleja su grandeza y su miseria, su gracia y su pecado. Tal vez una de las tareas más urgentes de nuestra generación de creyentes sea auscultar los signos de Dios, los «rumores de trascendencia» de nuestra civilización científico-técnica, burocrática y urbana. Unos ojos suficientemente ahondados por la fe y suficientemente tranquilos para mirar con atención y para contemplar, descubrirán destellos de la gloria de Dios, de su bondad y de su belleza en esta gran obra humana que es la ciudad. Con sus grandes riquezas culturales, con sus prodigios técnicos, con sus ingeniosas soluciones a los complejos problemas que plantea una gran aglomeración. También con sus carencias, sus defectos, sus fracasos éticos, sus injusticias. Con todas esas

deficiencias que rebajan el orgullo del hombre porque le muestran su natural finitud, y, lo que es peor, su pecado.

Porque son sobre todo los hombres los que más claramente reflejan en la ciudad el rostro de Dios. Y en ella, los que más padecen sus problemas: los pobres, los ancianos, los débiles de toda condición, los marginados, los desesperados. Los creyentes de hoy admiramos con razón y seguimos rezando los salmos, el *Cántico de las criaturas* de San Francisco, el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz. Y la ciudad en la que vivimos nos está invitando a añadir nuevas estrofas a esos cánticos espléndidos. El autor del Cántico de las criaturas que bendice a Dios en todas y con todas ellas, en realidad se encontró definitivamente con Dios en su abrazo con el leproso. Y a nosotros la situación de la ciudad nos está invitando a descubrir a Dios y alabarle en y con el hermano alcohólico y el drogadicto que se ven atrapados en algo que en el fondo no quieren; y en y con la hermana prostituta que está suspirando por otra forma de vida; en y con el hombre anciano solo en su buhardilla o que comparte su soledad en la residencia de ancianos; en y con los hermanos enfermos crónicos y minusválidos en sus casas o en las grandes ciudades sanitarias; en y con los hermanos sin trabajo; y el extranjero, el inmigrante y el refugiado forzado a vivir entre nosotros sin siquiera señales de identidad; en y con el desarraigado, el preso, el delincuente. Y en y con tantos otros hermanos, vecinos de casa o de barrio, hartos de tristeza y soledad.

Realmente quien cree en el Evangelio de Jesucristo: «Cuanto hicisteis a uno de estos pequeños me lo hicisteis a mí» (Mt 25, 40); «tuve hambre y me disteis de comer...» (Mt 25, 35), no necesita mirar al firmamento estrellado, ni al agua que es «muy útil, pura y humilde, y preciosa y casta»; ni escuchar «la música callada, la soledad sonora» para descubrir el rostro de Dios. La gran ciudad moderna —lugar de tantas tristezas y tantas tragedias humanas— puede ser para el cristiano un lugar privilegiado para el encuentro permanente con ese Dios que en Jesucristo ha querido identificarse con los pobres, los excluidos, los que sufren.

Algunos rasgos de una oración cristiana desde la ciudad

Atento a las señales de Dios, el hombre urbano está llamado a descubrir formas nuevas o renovadas de oración. Y, en primer lugar, la oración de intercesión. Los lloros del niño pequeño del vecino, los gritos de la disputa familiar, los ruidos de la moto del joven, el «escándalo» de la sala de fiestas cercana pueden distraer los rezos del cristiano o de la comunidad que está intentando orar. Pero también pueden dar a esa oración un contenido precioso. Pueden convertirse en objeto de súplica de intercesión que mueva a transformar las circunstancias en las que viven. Y en la tradición judía se ha dicho muy bien que «las oraciones que el cielo antes escucha son las que dirigimos por los demás».

Nuestras propias dificultades, los problemas a veces agobiantes que nos supone la vida en la ciudad, pueden ciertamente perturbar la paz que tanto anhelamos como condición para orar. Pero en ningún sitio está dicho que el hombre agobiado, el interiormente tenso, el que está lleno de miedo o de preocupaciones tenga que esperar a haber superado todas esas dificultades para ponerse en la presencia de Dios. Al contrario, el Evangelio nos asegura que Jesús

llama a sí, precisamente a los agobiados por toda clase de cargas, para aliviarlos de ellas (Mt 11, 28). Y en una vida que comporta todos esos inconvenientes no sería bueno necesitar escapar de ellos para poder orar. Lo ha dicho también la tradición judía: «la oración que no refleja la condición humana, sus angustias y sus penas, el cielo la rechaza: es una oración muerta». Jesús, por su parte, oró en la pasión que le fuera evitado el cáliz y en la cruz se quejó delante de Dios de su abandono.

Sobre todo, la vida de la ciudad, esa gran nave en la que todos sus habitantes se encuentran embarcados, ese gran proyecto común, esa gran tarea solidaria, invita al creyente a acentuar, en el ejercicio de su fe que es la oración, el compromiso por la justicia, y la práctica del amor, sin los que esa fe y esa oración serían palabras vanas. La atención a las desgracias de los hombres, con los que se convive, convierte la invocación al Padre común en una terrible exigencia. «La oración que no intenta mejorar —en todos los aspectos— la comunidad de la que surge, no merece ese nombre» (E. Wiesel). Y esa mejora supondrá de ordinario la movilización de no pocos recursos y de todos los esfuerzos del cristiano que ora.

Crear y orar desde la cotidianidad vivida en la ciudad secular

Es bien conocido que, justo en nuestro tiempo caracterizado por la extensión y la radicalización de la secularización han surgido serias reflexiones teóricas que justifican la posibilidad y la necesidad de la realización de la experiencia de Dios, incluso en sus formas místicas, en la vida diaria en los diferentes medios en que pueden vivir los cristianos. Pero además cada vez son más numerosos los intentos de realización de ese ideal de espiritualidad en medio de la vida cotidiana. Ejemplos de lo primero son la reflexión de X. Zubiri sobre el hombre como experiencia de Dios contenida en su obra *El hombre y Dios*. Aludo solo a unos textos tomados de esa obra de fácil comprensión: La condición absolutamente trascendente de Dios hace que no pueda ser objeto de ninguna facultad o acto humano: “La experiencia de Dios no es la experiencia de un objeto llamado Dios”. “Dios no es término objetual para el hombre”. Pero entonces, ¿cómo puede el hombre hacer la experiencia de Dios? “Lo que sucede es que el hombre está fundamentado y que Dios es la *realitas fundamentalis*, por lo que la experiencia de Dios por parte del hombre consiste en experimentar el estar fundamentado... en la realidad de Dios”. De estos principios concluye el filósofo: “Ciertamente la experiencia subsistente de Dios no es una experiencia al margen de la experiencia de la vida cotidiana: comer, llorar, tener hijos... No es experiencia al margen de esto, sino la manera de experimentar en todo ello la condición divina en que el hombre consiste. No se trata de ocuparnos de las cosas y, además ocuparnos de Dios, como si Dios fuese una realidad añadida a la de las cosas. No; el hombre se ocupa de Dios ocupándose con las cosas y con las demás personas”.

Desde otras perspectivas, el P. Rahner, cuya teología muestra una constante preocupación por la espiritualidad cristiana y su realización en nuestros días, pone con toda claridad el centro de la espiritualidad en la experiencia de Dios que se realiza siempre en el interior de la fe, e insiste constantemente en la vida real, diaria de cada persona, vivida en un determinado nivel de profundidad, como el lugar y el medio por excelencia para su

realización. A eso se refiere con la expresión: “mística de la cotidianidad”, que consiste en la experiencia de estar referido al Misterio, experiencia que emerge “del corazón de nuestra existencia” y que conduce al ignaciano “descubrir a Dios en todas las cosas”.

Pero, además, en nuestros días, maestros espirituales de diferentes orientaciones proponen formas de espiritualidad orientadas a facilitar a los creyentes la realización de la experiencia de Dios “en el espesor de lo real” (Fernando Urbina); “en el corazón de las masas” (Ch. de Foucauld y René Voillaume). Esta última se resume, con palabras de R. Voillaume, en tres rasgos que vemos perfectamente armonizados en la vida de las fraternidades de los Hermanitos de Jesús. Sus miembros viven “en el corazón de las masas”, y especialmente en medios empobrecidos; comparten con sus habitantes el trabajo, frecuentemente en condiciones notablemente duras, con la preocupación apostólica de “llevar al corazón del pueblo cristiano la experiencia de Dios: La oración a la que aspiran reviste la forma de “adoración suplicante cargada con los sufrimientos de la humanidad y con sus miserias”, aportando a los hermanos comprometidos en la lucha por la mejora de la humanidad su estilo de vida a la vez contemplativo y comprometido”. Son precisamente las dificultades que la vida en esos medios supone para la práctica de la contemplación en el sentido “tradicional” de la palabra, que conlleva retiro, silencio, y cierto alejamiento de la vida en el mundo, lo que los conduce a su forma peculiar de contemplación como “oración sin libro, desnuda, con todo el ser”.

En efecto, prosigue el autor de *La oración de las pobres gentes*, “el trabajo muchas veces extenuante, que requiere gran esfuerzo físico, en lugares en los que predomina un ruido a veces ensordecedor, lleva consigo un embotamiento de la mente, una fatiga de toda la persona, que parece hacer imposible adentrarse en la vida de oración. Pero si esto fuera así, si esta dificultad resultase insuperable, la llamada de Jesús: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré” sonaría a ironía, a sarcasmo, en cuanto dirigida precisamente a quienes no la podrían escuchar. ¿Cómo entonces participar realmente por razones evangélicas en la vida de los verdaderos pobres sin cerrarse el camino de la oración?”

Las “pobres gentes” con las que están llamadas a vivir las fraternidades no son ciertamente capaces de “mística” bajo la forma tradicional de contemplación ejercitando la mente sobre Dios y sus misterios, sintiendo a través de ese ejercicio la paz que procura el contacto con la Presencia. Pero la conciencia de su doble vocación: el encuentro con el Señor desde la vida contemplativa, compartiendo la vida con los más pobres, las ha conducido a una forma de oración de otro estilo que Ch. de Foucauld y R. Voillaume han descrito de forma muy viva y que, aunque parezca representar una novedad en relación con las tradiciones y las escuelas espirituales, en realidad reproducen admirablemente los rasgos de la oración de Jesús tal como aparece descrita en los Evangelios. Se trata, recuerda este gran maestro espiritual a sus hermanos, en términos aplicables a otros muchos cristianos de nuestros días, “de ir a Dios con todo nuestro ser, y lo que nos lleva a Dios como conviene es la fe, la esperanza y la caridad. Centrados en ellas nos basta ejercitarlas sabiendo que somos hijos, queriendo serlo, viviendo como tales, y, como tales entregándonos a Dios: El pensamiento, la reflexión

pueden ayudarnos a tomar conciencia de nosotros mismos, pero ¿qué facultad nos descubre nuestra condición de imagen de Dios y de hijos suyos? Para ello es necesario y nos basta ejercitar vitalmente la fe, la esperanza y la caridad. Ese ejercicio es ya una oración muy verdadera, aunque muy despojada; y no se ve entorpecido por la vida diaria, ni siquiera por la de un duro trabajo. Al contrario, una vida así hace al sujeto disponible a la acción de Dios, para que él obre en nosotros. Esto no necesitamos hacerlo objeto de conciencia refleja, ni sentirlo. El verdadero orante, el contemplativo, se pierde de vista a sí mismo; tiene su mirada vuelta hacia Dios y su oración es “la mirada de pura fe, esperanza y amor”, sin otros añadidos de conciencia, certezas, sentimientos o gustos. Cuando vivimos llevados por la fe, exhorta Voillaume a sus fraternidades, permanecemos ante el Señor incluso sin saber demasiado por qué, ni cómo. Cuando nos ponemos así, sin gustos ni otros atractivos, al servicio de los demás, entonces es cuando, si permanecemos fieles y si Dios quiere – y eso es lo único de lo que podemos estar ciertos –, se realiza el misterio de la fe y el amor y entramos en la zona de nuestra alma donde late y surge la vida divina y nos unimos verdaderamente con ella.

La referencia a esta forma de espiritualidad solo pretende mostrar que las circunstancias que resume la expresión “ciudad secular” no imposibilitan en absoluto la realización de la vida cristiana y la práctica de la oración incluso en sus formas más altas. Requieren tan solo de los cristianos el ejercicio de la actitud teologal, la atención a las condiciones en que se desarrolla su vida y la búsqueda de formas de oración que se correspondan con ellas.

Algunas condiciones externas que faciliten el ejercicio de la oración en la ciudad.

Cuanto más dificultades encuentra el ejercicio de una actitud, más necesidad tenemos de disponer de ayudas externas. Es probable que al monje todo le esté ayudando constantemente a orar. Al cristiano que vive en la ciudad, ciertamente no. Por eso necesita levantar en su vida urbana diaria el pequeño «monasterio virtual» que le ayude a orar. Las muchas actividades que suele comportar la vida en la ciudad, puede conducir a muchas personas a la falta material de tiempo para la oración. No caigamos entonces en la trampa de consolarnos diciéndonos a nosotros mismos que todo puede ser oración. Porque lo normal es que si no reservamos unos momentos sólo para orar, terminaremos por no orar en absoluto. Y recordemos: «no orar no es un pecado; es un castigo» (E. Wiesel). O una desgracia. Sobre todo para quien, en la masa de la ciudad, vive solitario y en la oración tiene la posibilidad de vivir en la mejor compañía.

La gran ciudad necesita tanto como parques y jardines, espacios verdes para la escucha, el diálogo, la convivencia... y la oración. Y ya va siendo hora de que los responsables de la pastoral, las congregaciones religiosas, la Iglesia en su conjunto caigamos en la cuenta de esta necesidad y habilitemos espacios, momentos y ocasiones para la práctica de la oración personal y comunitaria. Pero cada creyente está también llamado a la habilitación de esos espacios verdes en la propia vida. La imagen preferida, el icono, el pequeño cirio pueden convertir el rincón más insignificante en un espacio que ayuda a la oración.

Disponer de unos materiales. Ciertamente ya no es el tiempo de los devocionarios con fórmulas para ser repetidas rutinariamente. Pero la Biblia, sobre todo muchos de sus salmos, o

el Nuevo Testamento, el Libro de las Horas, esas fórmulas de oración con las que han rezado generaciones enteras de cristianos: “¡Dios mío, mi todo!”; “Solo Dios basta”; “Tomad, Señor y recibid toda mi libertad...”; “...Concédeme cumplir siempre tus mandamientos y no permitas que jamás me separe de Ti”; “Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué queréis hacer de mí...?”, pueden prestar a quien reconoce humildemente que necesita ayuda, un alimento, un aliento, una luz que despierte y provoque nuestra oración personal.

Nada nos ayudará tanto, sin embargo, como la ayuda fraterna. Creando, por ejemplo, pequeños grupos de oración. Se hace difícil de entender que unos cristianos vivan en común por razones familiares, de trabajo, de formación, o de servicios comunes en una comunidad cristiana y no se reúnan de vez en cuando al menos, para orar. Nada ayuda tanto a orar y a creer como compartir la fe y la oración con las personas con las que se comparte el trabajo, la formación o la vida. En la gran ciudad, donde abunda y predomina culturalmente la increencia, se padece muchas veces el ocultamiento, el eclipse de Dios. La necesidad de Dios que llevan dentro sin tal vez saberlo, les hace preguntarse a los agnósticos, indiferentes, ateos, dirigiéndose a los creyentes: ¿dónde está vuestro Dios? Personas y grupos orantes, si oran con autenticidad, pueden constituir pequeñas lucecitas que brillen en la noche y orienten incluso a los no creyentes a los no creyentes hacia el camino de una respuesta personal. Orar en la ciudad puede así convertirse en una forma excelente de anunciar calladamente el Evangelio, de evangelizar de la forma más auténtica en la ciudad.

Juan Martín Velasco

Santander, 2 de febrero, de 2016.